

A 200 años de Søren Kierkegaard

Lenguaje y significado

Francisco Prieto

El pensamiento del filósofo danés Søren Kierkegaard, autor de Temor y temblor y Diario de un seductor, y de cuyo nacimiento se cumplieron dos siglos en mayo pasado, es el eje alrededor del cual el escritor Francisco Prieto presenta sus reflexiones sobre el relativismo moral y los vínculos históricos entre razón y fe en el contexto de la cultura y la sociedad actuales.

Se puede vislumbrar una hecatombe como ningún siglo anterior conociera: la humanidad se ha venido despojando de símbolos, se va volviendo groseramente fáctica, ya no tienen hombres y mujeres dónde dirigir la mirada, desde dónde organizar sus pensamientos. No hay de abajo a arriba ni de arriba abajo. Los vínculos originarios se han venido rompiendo. Como el animal, el hombre y la mujer se instalan en el presente, en la inmanencia; son presente puro. Tal pareciera que cada hombre y cada mujer es el primer hombre, la primera mujer. Alienados y ahistóricos. Desaparecidas las redes comunitarias nadie se vive deudor de nadie; desaparecidas las raíces, cada hombre y cada mujer se van volviendo, sin darse cuenta, como don Juan, depredadores. Un hombre sin símbolos es un hombre sin nombre; nada le ata a algo o alguien. El sinnúmero de emigrantes que llegan a las naciones ricas o menos pobres que las suyas no respetan, no temen ni mucho menos aman a los que, por grado o por fuerza, les han acogido: nadie respeta, teme o ama lo informe, lo que carece de consistencia, lo que ha renegado si no olvidado todo aquello que le dio sustancia. Parasitar la nada es hacerlo en tierra de nadie. La desaparición

de los tabúes y de todo acotamiento hace los cimientos de la torre de Babel; es la confusión de lenguas y el progresivo extrañamiento. Hombres y mujeres ya no saben lo que hacen; sin sentido del bien y del mal no reconocen culpa alguna: los que vencen y usan a los otros, presos en la egolatría y la soberbia no tienen piedad; los aplastados se asumen fracasados y no pueden, siquiera, clamar misericordia.

A lo largo de la historia las distintas civilizaciones suelen pasar de un estado en el que domina el signo mágico a otro en que el signo lógico va ganando terreno. Empero, cuando éste se impone se percibe una cierta pérdida de vitalidad. En nuestro tiempo al escepticismo en materia de religión sucedió el fin de la utopía. La racionalización de la existencia ha venido estrechando los horizontes vitales, despojando al hombre y la mujer de medios de ilusión. Los símbolos que llenaban de sentido la vida se han venido desdibujando. La señal de la Cruz desaparece de aulas y salas de justicia, de los ministerios y palacios de gobierno como en los últimos reducidos del comunismo la hoz y el martillo no significan una tarea que realizar, una misión que cumplir. La progre-

siva desritualización de actos decisivos en la vida de los seres humanos hace presente que nada es ya suficientemente serio. Y el hecho es que no se puede revivir lo que está muerto, lo que se ha desgastado. Estamos en ese punto en que las grandes civilizaciones del pasado cedían al principio de inercia. Ese principio de inercia al que dedicara un estudio premonitorio Gunnar Myrdal en el apéndice 2 de su tratado *El drama asiático*. Pero no sólo vegetaron siglos algunas de las civilizaciones del Oriente lejano ya que el mismo fenómeno lo encontramos con más o menos matices en otras civilizaciones. En el caso de la antiquísima civilización china el asunto es especialmente sugerente pues pasaron centurias en que en China no se inventaba nada, todo era repetición y formalismo, a tal punto que fueron necesarios los agitadores que en torno a Sun Yat-sen primero, a Chiang Kai-chek después, hasta llegar a Mao Tse-tung, hicieron posible que los chinos recuperaran la fe en la vida, que se plantearan la construcción de un porvenir, que rehicieran su concepción misma de las artes hasta poder, incluso, ir más allá del héroe mítico que fue Mao. Y, sin embargo, si por un lado no han podido sacudirse un gobierno dictatorial, por el otro hay una juventud cansada que en Pekín abarrotó el teatro para presenciar su propia desesperanza en la obra de Arthur Miller *La muerte de un viajante*. No hay diferencia entre la competitividad a ultranza del sistema capitalista y la del comunismo radical vuelto capitalismo de Estado, o sea, una modalidad de fascismo. Los sueños se vinieron abajo y se vive en una sociedad de ganadores y de perdedores, de triunfadores y de fracasados que es un infierno mayor que el que conocemos por acá porque entre nosotros, al menos, aún pervive la caridad y un margen de libertad para quien sepa y pueda aprovecharlo.

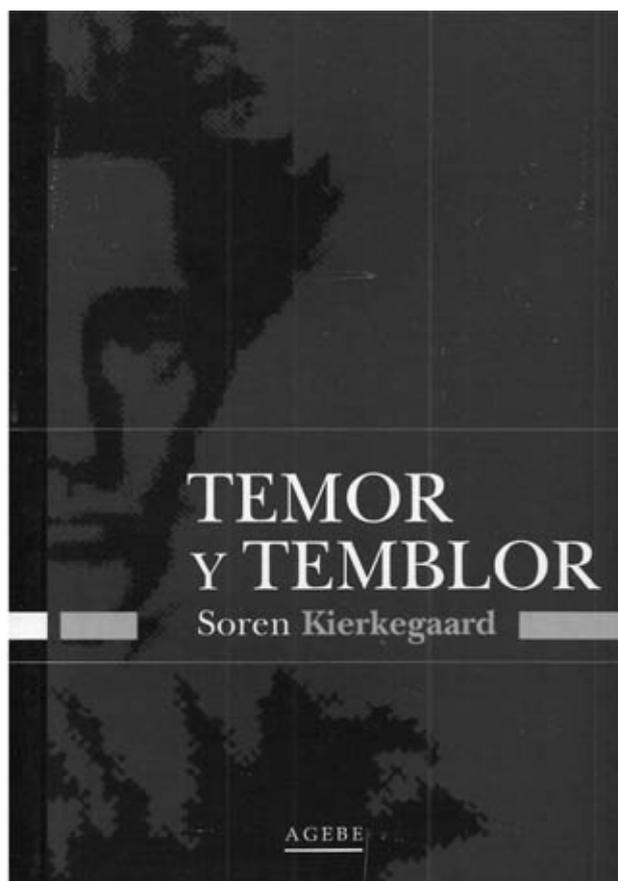
El caso es que en China nadie se mueve y que el aplastamiento sangriento de la rebelión de los jóvenes ha dejado una sensación de impotencia análoga a la que habita en sus coetáneos de Occidente. Para la mentalidad capitalista todo es aquí y ahora y el porvenir sólo cobra forma en las transformaciones tecnológicas. Por otro lado, ¿qué es la democracia cuando se han parasitado milenios bajo el signo de la obediencia, cuando no significa una vía para llenar el interior de los hombres? El interior de los hombres, ahí, precisamente, donde habita la verdad, como enseñara san Agustín; ese interior esencial de la criatura humana que hermana a los sabios shintoístas, hinduistas, budistas, taoístas, judíos, cristianos, islámicos... Esa revelación de los Trascendentales del ser que conoció el rey texcocano Nezahualcóyotl y los mayores espíritus de la antigüedad egipcia. Pero ese tránsito del interior a la trascendencia requiere del silencio, exige la soledad, la reflexión de la comunidad en los ritos y mitos que unen a sus hombres y sus mujeres o el esfuerzo inmenso del individuo que hace una dis-



tancia con su entorno asumiendo el vacío que se ha venido dando en él, el aburrimiento que le ha despojado de cualquier ilusión. Y a la comunidad misma, como sucede con todo el que, en un momento, advierte la necesidad de la búsqueda en su interior, se contraponen el espíritu de los medios de comunicación colectiva e Internet.

El medio es el mensaje, enseñó McLuhan. Los medios son un mosaico y, en cuanto a Internet, para buscar es necesario haber encontrado antes. Ese mosaico que son los medios ofrece tantas cosas que uno puede quedar atrapado en el puro afuera, abandonando toda introspección, incapacitado para establecer una jerarquización, sometido a estímulos que no puede controlar. A esto hay que añadir el mal gusto que acompaña cada vez más a las grandes cadenas emisoras, con lo que se produce una progresiva deformación y perversión del mismo. Pero, en todo caso, los medios nos dan un menú que no hemos preparado nosotros y lo grave es que determinar qué ver y escuchar y cuánto tiempo dedicarle; seleccionar los alimentos espirituales requiere tener conciencia de tener que hacer algo en la vida, en mi vida, haber encontrado mi auténtico quehacer y las personas con las que puedo compartirlo.

Evoco en este 2013 a Søren Kierkegaard, a propósito de que se cumplen 200 años de su nacimiento. Kierkegaard previó, antes que nadie, el fin de los individuos. Pidió que en su epitafio se escribiera: "Aquí yace un individuo". Anunció la sociedad de masas, homo-



geneizadora, y recordó, en sus enfrentamientos con la Iglesia danesa, la dificultad de ser cristiano, la necesidad de reencontrar la puerta estrecha. Nunca recomendó la laceración; para él el sacrificio era la lucha por encontrarse a sí mismo, por construirse; pasar del estadio estético al ético y, finalmente, al religioso e instalado en este conocer la paz, el rebasamiento de la soledad, vivir, en fin, en el amor de Dios, ese Dios al que Jesús le dio sentido y que por la Encarnación se hizo una presencia viva, testimonio de un Dios de la misericordia, un Tú para cada criatura que supiese perdonar y creyese en la fraternidad. Evoco, pues, a Kierkegaard y no puedo evitar el encuentro con Pascal.

Kierkegaard y Pascal, vidas paralelas. Pienso que lo que Mauriac comentó a propósito de Port Royal, o sea, que de haber triunfado este movimiento sobre la espiritualidad de los jesuitas las iglesias de Francia se habrían vaciado —él, paradójicamente tan próximo a Pascal—, puede aplicarse a la espiritualidad kierkegaardiana, pues si éste se acercó al final de su vida al catolicismo en el sentido que era necesaria la construcción de redes comunitarias cristianas, éstas las formarían cristianos que se hubieran comprometido con la existencia auténtica, desde la agonía o combate consigo y con el mundo, individuos capaces de pensar por sí mismos. Nada, por cierto, más ajeno a la agitación mediática de Juan Pablo II. Si el cristianismo es necesariamente contestatario —Kierkegaard *dixit* pero, también, Max Horkheimer—, si muchos son los llamados y pocos los escogidos, si aquel que prefiere a su padre, su madre, su hermano o su hermana que al Señor no es digno del Reino, el desprendi-

miento tiene que marcar el camino del cristiano hasta llegar sin más equipaje que lo vivido a la última hora. La prioridad de la persona, del espíritu sobre la letra, por tanto, de la conciencia diferenciaría al cristiano, y al verdadero espíritu religioso, de cualquier adherente a un movimiento político. Regreso a Kierkegaard, para quien nada es más repugnante que aquel que se acoge a un sistema totalitario, absoluto, a sabiendas de que su vida no dará testimonio de fidelidad; aquel que no lleva sus propósitos hasta sus últimas consecuencias. Poner la otra mejilla, perdonar setenta veces siete... Fue seguramente ese aliento vital el que hiciera exclamar a los que tenían contacto con las primeras y minoritarias comunidades cristianas “mirad cuánto se aman”, lo que acabaría por multiplicar conversiones e iniciar la ruta hacia la igualdad social, el derecho a la libertad, la prioridad del bien común, la construcción de la fraternidad, el desafío a la razón raciocinante que justificaba los nacionalismos, la esclavitud, y todo en beneficio de la armonía del pequeño reino. Ir más allá de la *República* de Platón o de la *Política* de Aristóteles, rebasar la pragmática de Julio César y de Octavio, esto sólo podía surgir de la Fe en Aquel que aceptó, voluntariamente, y en nombre del Perdón y de la Vida, el camino del martirio para vencer a la muerte y en la Resurrección anunciar la vida plena. Como escribiera Giovanni Riva, el cristianismo es un acontecimiento, no es un sistema filosófico o un movimiento político. Ahí, añadido, está su grandeza, su diferencia y su limitación porque no es, propiamente, de este mundo.

Pero hay también otro aspecto igualmente importante: si, como escribió Mauriac en una de sus novelas,

“los corazones simples no tienen historia”, Dios amaría profundamente a aquellos que sin tener propiamente historia, sin mayor instrucción, se han dejado tocar por los signos de bondad que han encontrado en su camino, han procurado reciprocarnos a lo largo de su existencia, han visitado y consolado al enfermo y al necesitado, han apagado la soberbia apartándola de sí, han reconocido sus propias mezquindades y pequeñeces, ¡no han pecado contra el Espíritu!, aunque, tal vez, hayan pisado pocas veces el templo. En esta profunda simpatía humana, en este nexo amoroso que se ha dado en ateos y creyentes, hay una simbología que se registra de un modo constante con la aparición de la Palabra evangélica. Pero, aquí y ahora, las palabras han ido ganando en opacidad. Si Juan Ramón Jiménez exclamó: “qué cosas nos decimos sin saber lo que nos decimos”, y Unamuno, esa otra alma gemela de Kierkegaard: “si no es por las palabras no sé por qué valdrá la pena pelearse”, es porque haber extraviado símbolos puntuales, haber extraviado el significado de las palabras nos muestra que se ha perdido la normatividad que mueve a la aceptación y el deslumbramiento pero también a la rebelión y a la reconstrucción de sí mismo y de la comunidad a la que se pertenece. En un mundo sin reglas no hay contra qué ni por qué luchar, se aniquila el fundamento mismo de la comunicación. Se van deshaciendo los vínculos; nos vamos volviendo hombres y mujeres sin nombre y parasitando la torre de Babel. El relativismo moral en que nos movemos, tan claramente enunciado por Benedicto XVI, equivale a la construcción del infierno.

En este momento recuerdo una escena de un filme de Ingmar Bergman —él también tan próximo a Kierkegaard—, cuando dos amigas llegan a un país para el que el autor ha inventado una lengua desconocida. En la más absoluta incomunicación, que refuerza el silencio que ya traían incrustado en el alma, se escuchan notas de las *Variaciones Goldberg*; los ojos de ambas mujeres se iluminan; el mozo del hotel se percata y dice solamente “Johann Sebastian Bach”, que el realizador nos hace vivir, sentir, como el símbolo de la belleza, que remite a una verdad que da razón a todos de los orígenes.

En un universo en que se pretende borrar el verbo “deber”, no hay lugar para la conciencia moral y todo estaría permitido. Los más fuertes se sientan sobre los demás y los demás no tienen palabras que nombren la realidad y justifiquen una rebelión que sin ellas no puede cuajar. En su tratado *La comunicación*, la psicóloga Eliane Amado Lévi-Valensi establece que la comunicación humana se da felizmente cuando existen valores trascendentales que remiten a la verdad de la pareja, del grupo, de la comunidad. Cuando están establecidos valores que trascienden a las singularidades es cuando se da el sacrificio como un acto luminoso, de generosidad, de desprendimiento que, a pesar del dolor, se trans-

figura y acaba siendo gozoso. Es imposible conjuntar las virtudes teologales si no toman asiento en el sentimiento de posesión de la verdad, de una verdad compartida. Es una verdad que se vive, que se lleva consigo, en lo más íntimo de uno, del nosotros por lo que no mueve a la autosuficiencia y a la soberbia. Nada que ver con la adherencia a un sistema excluyente, a ese absoluto al que se pretende someter a todos y que denunciara Sören Kierkegaard. Nada más grotesco que el sentimiento del súper hombre. Nietzsche, finalmente, alcanza la plenitud cuando un sentimiento incontenible de piedad toma posesión de él y le lleva a rescatar a una mula de su torturador. El súper hombre se volvió en ese momento simplemente hombre.

Pero comunicarse es un proceso que debiera concluir en la hora final, cuando urge haberse desprendido de todo para vivir la muerte y entregarse sin reservas. Comunicarse es ir construyendo el mundo con los otros, dando cabida a todas las dudas y, a partir de cierto momento de madurez, desde la certidumbre interior. Si Villon escribió “rien ne m'est sur que la chose incertaine”, mucho antes que él Dante:

Non sien le genti ancor troppo secure
 a giudicar, si come quei che stima
 le biade in campo pria che sien mature:
 ch'ï'ho veduto tutto il verno prima
 lo prun mostrarsi rigido e feroce,
 poscia portar la rosa in su la cima;
 e legno vidi già dritto e veloce
 correr lo mar per tutto suo cammino,
 Perire al fine a l'intrar de la foce.

(“No estén las gentes demasiado seguras al juzgar, como aquel que estima el trigo en el campo antes de que esté maduro, que yo he visto todo el invierno al rosal mostrarse primero punzante y áspero y luego cubrirse de rosas en la cima, y he visto barcos rectos y veloces cruzar el mar durante todo su camino y hundirse, al fin, a la entrada del puerto”).

Por eso, la existencia humana es *agonía* en sentido griego, es decir, lucha, y conviene que compartamos el significado de las palabras y vayamos sacando de nosotros aquellos valores o fines que dan consistencia a la vida humana. He aquí algo que es necesario rescatar y que exige una revolución educativa desde la escuela primaria centrada en el desvelamiento de significados a través del desentrañamiento del drama interior que todos cargamos en potencia. Frente a la inmersión en la masa es necesaria la construcción de individuos como la única vía de hacer una distancia crítica con el universo mediático. El parto de los valores eternos en el que la mayoría de los hombres y de las mujeres ya no se reconocen. **U**